

Don Palemón

Por Mario Oswaldo Sánchez Hernández

Son las 5 de la tarde del 12 de diciembre, la gente sale de la ceremonia religiosa de la Virgen de Guadalupe en la capilla de los pajaritos en Tlapanaloya, Estado de México. La gente comienza a juntarse a la orilla del río, las mojigangas representan la vida cotidiana del pueblo: caricaturiza a hombres y mujeres disfrazados de monstruos, payasos, brujas, diablos y catrines. Entre todos, resalta un hombre vestido con calzón y camisa de manta que vigila al resto de los personajes y chicotea a los más irrespetuosos.

Este personaje que representa a un hombre que vivió a mediados del siglo xx en Tlapanaloya es don Palemón, quien en aquellos años fue pastor del amo. Toda su vida se dedicó a arrear vacas. Ahora es recordado en la comunidad como un borrachito que recorre las calles, hostigando a las personas con un chicote. Se le recuerda con su ropa roída por el tiempo, la mugre, sus barbas y cabellos largos y blancos.

Se dice que siempre desaparecía dos días antes de la fiesta de enero, y cuando volvía para pasearse en la fiesta del pueblo deslum-

braba: rasurado, bien peinado y con un traje de gala, además de traer mucho dinero para invitar bebida y comida a sus amigos. El mero día, todos lo festejaban, le daban de comer y lo invitaban a sus casas. Al terminar la juerga, amanecía tirado en la calle, ya con la ropa sucia. A partir del segundo día su degradación era gradual: el traje comenzaba a romperse, su rostro se llenaba otra vez de barba y su cabello encanecido se hacía nudos por la mugre, el lodo y los piojos.

Esto se repetía cada año. En la plenitud de la fiesta, él contaba a sus anfitriones que su amigo del hoyo del aire lo citaba para limpiarlo, vestirlo y regalarle dinero. Este amigo salía del fondo de aquel agujero para festejarle un año más de vida y recompensar los malos momentos. Era un amigo generoso que le regalaba un buen día en la vida, pues cuando regresaba al pueblo, rasurado y trajeado, en las miradas de sus habitantes se notaba la admiración, pero también la envidia. Y aunque solo fuera un día, se sentía contento. Después era nuevamente ignorado y entonces él con su chicote los golpeaba para que voltearan a verlo.



Ilustración: Fabian Alvarado

Así pasaron los años, pero en una ocasión no apareció. Los habitantes del pueblo durmieron sin saber de los andares de don Palemón. Fue al día siguiente cuando se enteraron que estaba ahogado en la presa de Hueypoxtla. Cuentan que tres días antes de la fiesta se despidió de sus amigos, argumentando que tenía una cita; sin embargo, al estar tan alcoholizado se equivocó de camino y en lugar de ir al norte, ahí donde aún está el hoyo del aire, se dirigió al este. No cumplir con la cita lo llevo a perder la vida.

La mojiganga del pueblo incorporó a don Palemón en sus personajes; lo representaba molesto y al acecho de la incertidumbre y desesperación de las personas. Es un homenaje que demuestra cuánto lo extrañaba la gente y lo integró a la tradición.

Desde entonces, cuando alguien se pierde en el mundo de los pensamientos y los sueños, aparece el tronido del chicote para devolverlos a la realidad, espantar los malos pensamientos, a los demonios y la crueldad.

Actualmente, la mojiganga continúa, pero ya no está don Palemón, su recuerdo muere poco a poco. 🗣️



Mario Oswaldo Sánchez Hernández es estudiante de la Maestría en Ciencias Sociales en El Colegio Mexiquense y egresado de la Licenciatura en Sociología del Centro Universitario UAEMéx Zumpango.